

Memorias de un Voluntario

Atados a un viejo precepto de los antiguos paradigmas educativos, resultadistas (si no tenés nota alta, no servís) y enfocados solamente en el desarrollo de las inteligencias lógico-matemática y lingüística, es que recién en los últimos años se ha empezado a difundir (porque estudios de larga data existen) que somos seres con inteligencias múltiples. Además de las nombradas, las inteligencias inter e intrapersonal, musical, natural, viso-espacial y emocional también son parte del conglomerado neuronal-cerebral y su potenciación debería considerarse en la formación curricular para detectar a temprana edad las habilidades de cada persona y ahondar en ellas. Un manejo lingüístico correcto y destrezas con los números no garantizan el éxito futuro de un individuo.

El inicio del párrafo anterior ha sido durante mucho tiempo la base de mis ideas sobre inteligencia. Hasta el final de la escuela media, enfoqué la atención en el lenguaje y las matemáticas, creyendo que eran las únicas inteligencias para erigirme como una persona competente. En el epílogo de la escuela secundaria, esta visión afortunadamente cambiaría. En primera instancia, porque logré tener confianza plena en mis aptitudes numéricas y de lenguaje. En segunda, porque empecé a sentir una monotonía en las actividades. Solo la escuela no era suficiente, necesitaba un cambio. Entonces tomé una decisión casi disruptiva en mi vida: ingresé en la Comisión Estudiantil del Ente Autárquico Permanente de la Fiesta Nacional de los Estudiantes. Un nombre muy *pomposo*, por cierto.

¿Por qué esta decisión fue disruptiva en mi vida? Porque me involucré en un proyecto en el que poco haría solo con las matemáticas y un buen uso del castellano. La primera vez que estuve frente a quienes serían mis compañeros durante uno o dos años, y amigos hasta el día de hoy, fue un momento distinto. Descubrí una faceta personal que desconocía: la relativa facilidad para “romper el hielo” con humor e integrarme rápidamente en un grupo nuevo. Fue el inicio de una etapa inolvidable, en la que rápidamente tuve a cargo la jefatura del área y en conjunto con dos amigos llevamos adelante un gran trabajo guiando el equipo. Hicimos hincapié en valores fundamentales como la puntualidad, la responsabilidad y el compromiso siendo, a la vez, ejemplo de ello (no comparto la filosofía *haz lo que digo, no lo que hago*). Con un equipo que se llevó bien y tuvo un marcado sentido de pertenencia, logramos que el Congreso de la Juventud de ese año tuviera una de las más destacadas ediciones de la historia de la Fiesta Nacional. Todo esto me hizo sentir líder por primera vez en mi vida.

Esta experiencia, que dentro de la Comisión fue la más importante pero no la única, fue el disparador de mi vocación como Voluntario. Serlo constituye una elección de vida, en la que la identificación con la misión, los objetivos y los valores de una organización y el compromiso con ellas y las actividades que lleva a cabo son la piedra basal para avanzar y crecer.

En la Universidad llegaría la oportunidad de sumarme a una agrupación estudiantil. Cuando recibí la convocatoria, tuve nuevamente la sensación de aquellos años en el Ente: la oportunidad de estar con personas que tienen un rumbo y trabajan para conseguirlo. Esto, además, con el plus de reforzar la tolerancia en mi personalidad. ¿Por qué? Porque fuera de la Facultad, los principales miembros tenían –y actualmente tienen– una orientación política que no comparto. Durante los cinco años que integré Unidad Estudiantil no tuve un solo altercado con alguno de los chicos por nuestras posturas diferentes. Intercambiamos opiniones muchas veces, pero sin discusiones desagradables. ¿Fue un oasis en el desierto? Quizá sí, dado el nivel de intolerancia y confrontación en la historia reciente. Fue muy enriquecedor, también, dejar en claro que el estudio era la prioridad. Nunca antes había “negociado” condiciones para formar parte de algo, habilidad que también empecé a desarrollar y cuya importancia valoré con el correr de los años de Facultad y las vivencias en el Consejo Académico. En este último, cada intervención debía expresarse y fundamentarse a la altura de un cuerpo colegiado. Integraba un espacio en el que las figuras de autoridad se volvían pares.

En simultáneo, seguí desarrollando las habilidades de negociación, especialmente cuando se trataba de mostrar a los otros claustros la importancia de avanzar con proyectos de impacto directo y positivo sobre los estudiantes. Nuestro mayor logro, junto a un compañero y amigo, fue presentar, debatir, modificar y acordar con el Consejo la adición de dos turnos más de exámenes. Nada fácil, pero logramos que se aprobara. Y así pasaban los años, y la formación *soft* era cada vez mayor.

Ya en el final de la carrera, mientras ayudaba en la Delegación de AArEII en la organización de eventos, y en cada viaje que realizaba pude conocer personas que comparten muchos de los valores y aspectos para forjar el liderazgo, llegó el más lindo desafío que encaré. No solo por lo que aprendí, sino también porque fue la respuesta a una búsqueda iniciada en el 2015, cuando luego del CAEII de San Luis decidí que quería sumarme a una O.N.G. Aunque la idea inicial era sumarme a CONÍN, no me animé a ir solo. Además, la única amiga que conocía hacía poco lo había dejado, por lo que no hallaba dónde poder insertarme... hasta que apareció Rotaract.

Casualmente invitado por la misma amiga que había dejado CONÍN, asistí a la primera reunión del año para *aspirantes*. Fue el comienzo de un ciclo en el que pude volcar mucho de lo que fui sumando desde el 2006 e incorporar muchas otras cosas. Identificado con los valores del Club (honestidad, tolerancia, integridad, responsabilidad, compañerismo, respeto y liderazgo), aporté desde mi formación y experiencias para sostenerlos y mantenerlos siempre vigentes. Ahora, a diferencia de los ámbitos anteriores que integré, mi paso por el Club también tuvo momentos difíciles, en los que dudé si era el lugar correcto, si las personas que me rodeaban realmente representaban los valores de la Organización, y otros cuestionamientos que no habían surgido antes.

La opción de dejarlo fue lo primero que pasó por mi mente. Pero sentía que era la alternativa fácil, sin compromiso y que no permitiría dejar algún “legado”. Iría en contra de los propios valores que buscaba promover. Entonces decidí dar otro “golpe de timón” personal: expresar abiertamente mis opiniones. Con respeto y enfocado en el problema, sin buscar culpables. Cuando las cosas anduvieron mal, siempre me acerqué a los involucrados para saber qué ocurría según su versión. Quizá por vocación de servicio, quizá por espíritu mediador, asumí ese rol. Tanto por practicidad como por honestidad, y creo que los resultados fueron buenos. No solo por los conflictos que pudieron ser resueltos, sino también la amistad que forjé y que mantuve tras mi salida en febrero, por mudarme a otra provincia a causa del trabajo.

Todas estas experiencias, vivencias, valores y autoconocimiento me permitieron construir y sostener virtudes que hoy en día requiero para el ejercicio profesional. Lo vivido me permite hacer una diferencia, porque aprendí a relacionarme, a expresarme, a trabajar en equipo y caminar en conjunto por un objetivo común. Hoy en día, puedo conversar con mi superior en la Empresa, planteando ideas, preguntando (¡mucho!) ya que es mi primera experiencia profesional y creando una relación de confianza mutua. De esto se desprende que la comunicación efectiva es un activo invaluable y necesario para cualquier conjunto de personas que busque integración, sentido de pertenencia y buenas relaciones laborales. Especialmente con aquellos que son de otros sectores no integran directamente la organización, ya que tienen idiosincrasias y formas de trabajar distintas. En el sector en el que me desempeño, Abastecimiento, sumar la comunicación efectiva al desarrollo de la inteligencia interpersonal genera un diferencial que facilita las gestiones y la obtención de resultados.

Mirar hacia atrás, y contemplar como las decisiones que fui tomando dieron frutos motiva a seguir hacia adelante. Sigo potenciando en las inteligencias intra e

interpersonal y emocional para forjar el espíritu de liderazgo que, junto al continuo perfeccionamiento en mi amada especialidad, la Ingeniería Industrial, serán los ingredientes para alcanzar objetivos cada vez más exigentes y desafiantes.

En definitiva, se trata de eso: cada paso, cada decisión, cada “quiero animarme”, abre puertas y caminos que llevan por caminos, lugares y personas que hacen que la vida sea mucho más interesante e intensa. Se trata de eso: lisa y llanamente, vivir.

Bibliografía:

- “La Inteligencia Emocional” de Daniel Goleman (25° edición) – Editorial Vergara – Impreso en Argentina (2012).
- Cartilla del curso de “Inteligencia Emocional”, dictado por la Nse. Lic. Fabiana Ruiz – Resolución Facultad de Ciencias Económicas de la U.N.Ju. n° 116/13 (2013)-
- Cartilla del curso de “Neuroliderazgo” dictado por Aura Estudio de Comunicación (2015).